

La dimensión moral de la conducta desde una óptica interconductual

Ma. de Lourdes Rodríguez Campuzano

Universidad Nacional Autónoma de México ENEP-Iztacala*

LA CONDUCTA MORAL EN DIFERENTES TEORIAS

Uno de los aspectos más oscuros actualmente para la psicología es el de la conducta moral. Aun cuando existe literatura al respecto, ésta se encuentra llena de limitaciones, tanto metodológicas como conceptuales. De hecho, su estudio se ha generado en el contexto, al menos, de tres teorías diferentes: la psicoanalítica, la cognoscitiva y la conductual. Cada una ha abordado diferentes aspectos y ha dado lugar a investigaciones específicas. Es objetivo de este trabajo plantear una propuesta para estudiar la dimensión moral de la conducta a través de un modelo (interconductual) que permite integrar los diversos fenómenos estudiados bajo otros enfoques. Para ello se hará una breve revisión de lo propuesto por tales aproximaciones.

La teoría psicoanalítica otorga una gran importancia al control moral. De acuerdo a Freud (1968) la personalidad se integra por tres instancias: el ello, el yo y el superyo; este último es el que constituye la representación moral de la personalidad, es decir, el código moral de la persona. El superyo y sus funciones constituyen el principio explicativo para el desarrollo moral. Los trabajos en esta área se ocupan de encontrar los factores que intervienen en el desarrollo de respuestas internalizadas, por ejemplo los sentimientos de culpa, que se consideran índices del desarrollo del superyo. En términos generales se plantea que el desarrollo de respuestas con una orientación más «interna» que «externa», es producto directo de la técnica disciplinaria empleada por los padres en la niñez temprana de un individuo. Tales técnicas resultan efectivas en la medida en la que exista un mecanismo de «identificación» del niño con respecto a alguno de sus padres.

*Dirección para correspondencia: Ma. de Lourdes Rodríguez Campuzano, Pekín No. 6, Jardines de Bellavista, Tlalnepantla, Edo. de Méx. C.P. 54050

Las investigaciones se han encaminado a estudiar distintos tipos de técnicas disciplinarias y su relación con el desarrollo moral. En ellas se ha encontrado que la inducción, aquella en donde los padres proporcionan explicaciones con respecto a las consecuencias para el hijo o los demás de su conducta, es la más efectiva, porque es más apta para centrar la atención del niño en las consecuencias de sus actos productores de culpa, a la vez que sugiere un medio de reparación del acto. Agregan que ello ocurre si la técnica se emplea en el contexto de una relación afectiva (Hoffman y Salztein, 1967; Aronfreed, 1963, 1964).

La teoría cognoscitiva, por su parte, ha definido al acto moral como aquel basado en un juicio consciente de lo bueno o lo malo de tal acto, y ha relacionado el desarrollo moral con el cognoscitivo (Piaget, 1971). Basándose en sus observaciones, Piaget (*op. cit.*) postuló una clasificación de dos etapas para el desarrollo de los conceptos morales del niño. Llamó a la primera «moralidad heterónoma de coacción», en donde el niño iguala el concepto de bueno con la obediencia a las reglas impuestas por los adultos, a la vez que considera las reglas como algo sagrado e inmutable, e identifica la justicia con los preceptos de autoridad. Esta etapa se explica como resultado de la asimilación espontánea que el niño hace de las reglas dictadas por un adulto en una organización cognoscitiva egocéntrica y «realista». Se da por supuesto que dicho egocentrismo funciona con respecto a las cuestiones morales de la misma manera que lo hace con respecto a otras tareas cognoscitivas, por lo que según abandona el niño su egocentrismo entra a la segunda etapa de desarrollo más madura, a la que denominó «moralidad autónoma cooperadora», caracterizada porque el juicio de una conducta como buena o mala se define en función de su conformidad con una ética de cooperación entre iguales. Muchas de las observaciones de este autor se llevaron a cabo en situaciones de juego que caracterizan el desarrollo moral, entendido éste como la creación, adquisición y aplicación de reglas colectivas; en este contexto estudió dos grupos de fenómenos: 1) la práctica de la regla, es decir, su aplicación efectiva y 2) la conciencia de la regla, es decir, su representación en términos de autonomía o heteronomía.

La mayoría de los trabajos que se han realizado bajo este enfoque se apegan a la postura de Piaget. De hecho las consideraciones y trabajos de este autor han dado lugar a una serie de estudios que se han enfocado básicamente en los componentes de juicio o interpretación hacia un hecho o regla, y particularmente en los criterios empleados por los niños al establecer sus juicios morales. Los autores han coincidido en clasificarlos en tres: a) daño material, b) reacción social hacia un acto, y c) intención del acto; es decir, si los niños juzgan lo bueno o malo de un acto, ya sea: a) dependiendo del daño material que provoca el protagonista; b) si lo hacen de acuerdo a cómo la conducta de una persona afecta a otros; o c) de acuerdo a su intención o propósito al actuar. De tales investigaciones, distintos autores coinciden en señalar que al margen de la edad, un criterio empleado por los niños es el de daño material y que el criterio

de reacción social es el más empleado por los niños conforme son más pequeños, aunque a medida que crecen tienden a basar más sus juicios en las intenciones de los actores. (Sulls, Gutkin y Kalle, 1979; Armsby, 1971; Wellman, Larkey y Summer-ville, 1979; Grueneich, 1982).

La aproximación conductual, por su parte, se basa en el paradigma de B. F. Skinner. Aunque este autor no hace planteamientos detallados acerca de la conducta moral, empleó el modelo operante como modo explicativo de cualquier tipo de comportamiento —del que la moralidad no es la excepción—. De este modo los principios y procedimientos son los mismos, aunque resaltan los procesos de autocontrol, así como la conducta gobernada por reglas como los principios explicativos más relevantes para la moralidad. Ambos descansan en los principios del reforzamiento. Skinner (1981) postula a las contingencias ambientales como fuente de adquisición de valores, entendiéndolos como la aprobación y, por ende, el reforzamiento social a un individuo por emitir conductas deseables para un grupo, y el castigo para aquellas que atentan contra su bienestar. Muchos autores siguiendo esta línea han desarrollado sus planteamientos y han llevado a cabo investigaciones en el campo del desarrollo.

Bijou (1986) por ejemplo, ha planteado la existencia de un código moral que varía según la edad del individuo del que se espera lo despliegue, y afirma que tales conductas se adquieren por castigo, extinción de conductas inadecuadas, reforzamiento de conductas incompatibles, reforzamiento diferencial, modelamiento, enunciamiento de reglas y en general, procedimientos que recaen en el manejo de consecuencias. Afirma que el desarrollo moral depende de la historia de reforzamiento de cada individuo, de modo que propone a los principios del modelo operante como explicativos de la conducta moral.

Otro autor importante creador de un modelo particular basado en el paradigma operante es Bandura (1982). Para él, el modelamiento es un medio efectivo para establecer conductas abstractas o regidas por leyes. Así, plantea que en el desarrollo de la conducta moral los padres son modelos importantes, aunque existen también modelos simbólicos que son fuentes de juicio moral. Tales modelos emiten conductas aceptables o inaceptables que influyen en el desarrollo de las conductas morales por las sanciones y justificaciones que se aplican a tales conductas. Para dicho autor los juicios morales rigen la conducta. Afirma que existe una autocensura de carácter anticipatorio que evita que las personas emitan conductas transgresoras.

La teoría conductual ha puesto énfasis en la investigación, especialmente en el estudio de las variables involucradas en la adquisición y mantenimiento de la conducta moral. La situación se ha centrado en las acciones transgresoras de los niños en ausencia de supervisión adulta. El procedimiento común ha consistido en crear una situación en la que se enfrenta a los niños a diversas condiciones conflictivas, usualmente una instrucción o regla prohibitiva de una acción cuya ejecución sería gratificante. Bajo este tipo de condición se han estudiado variables tales como los efectos del

modelamiento (Bandura, 1982; Stein, 1967), efectos de diferentes modos de presentación de un modelo (Wolf y Cheyne, 1972), efectos de diferentes valores paramétricos del castigo (Walter, Parke y Cane, 1965; Cheyne, 1971; Leizer y Rogers, 1974), distintos aspectos relativos al control instruccional (Reed, Awen, Medlock y Winston, 1974; Stouwie, 1971) prácticas de manejo familiar (Patterson, Stouthower y Loeber, 1984). En general, han encontrado que el modelamiento influye directamente en la conducta de los niños, independientemente de si los modelos son en vivo o filmados; que la efectividad del castigo depende de parámetros tales como su intensidad, frecuencia, momento y modalidad de su presentación; que las instrucciones dadas por un adulto dominante generan una mayor resistencia a la transgresión que las otorgadas por un adulto «cálido»; que un entrenamiento basado en el autocontrol o en autoinstrucciones es más efectivo que uno que depende de la instrucción externa; y que algunos aspectos de las prácticas familiares como la supervisión y el reforzamiento por parte de los padres, son variables fundamentales para la adquisición y el mantenimiento de conductas morales.

Las distintas aproximaciones en psicología han abordado el estudio de la conducta moral desde una óptica apegada a la doctrina dualista. Tal modo de concebir a la psicología no solo ha permeado a nuestra disciplina desde hace muchas décadas, sino que ha generado una serie de problemas de difícil solución si lo que se pretende es una psicología científica. Los planteamientos de la teoría psicoanalítica recaen en el mundo mental: el aparato intrapsíquico. La conducta moral se define no por lo que el sujeto hace en relación con los demás, sino con base en una entidad mental, el superyo, que no sólo define a la moral sino que la explica. La moralidad queda predeterminada, sin considerar las relaciones sociales, en la forma de prácticas valorativas del grupo social al que pertenece un sujeto, siendo que dichas prácticas establecen la normatividad que regula el comportamiento individual. El desarrollo moral equivale al desarrollo del superyo, que solo puede evaluarse a través de la adquisición de respuestas internalizadas como el respeto, los sentimientos de culpa o la autocrítica, que constituyen propiamente y desde esta perspectiva, las respuestas morales. Lo que se entiende por moral queda predefinido, y no se lleva a cabo ningún cuestionamiento acerca del papel de criterios colectivos o sociales específicos en la definición de la moralidad, pues esta queda contenida en el propio aparato intrapsíquico. El estudio de las técnicas disciplinarias responde al interés de evaluar procedimientos que desarrollen respuestas internalizadas, que además tienen que ver más con sentimientos que propiamente con respuestas o prácticas de tipo valorativo. Aunado a esto, se postula la existencia de un mecanismo de identificación, sin el cual el uso de cualquier técnica no tendría ningún efecto en el desarrollo moral. El propio contexto global de interacción padre-hijo se investiga únicamente en función de dicho mecanismo. Así, entienden el desarrollo moral como la independización respecto del control ambiental, como el paso del control de fuentes externas al control de fuentes internas. Tal postura organocén-

trica reduce un fenómeno complejo que requiere necesariamente de la consideración del medio social como medio de adquisición, ejercicio y reproducción de estándares morales de comportamiento, con categorías que recaigan en la conducta individual y no así en constructos mentales.

La teoría cognoscitiva, por su parte, define un acto moral con base en la existencia de un juicio consciente de lo bueno o malo de tal acto, que además determina la conducta. Nuevamente se soslaya el comportamiento en tanto se concibe como epifenómeno o indicador solamente de las estructuras «internas». Desde esta óptica, los juicios se dan de modo previo al comportamiento y controlan y califican a la conducta —vale la pena comentar que ya Vigotsky (1977) presenta una concepción alternativa en donde los juicios como lenguaje internalizado tienen un origen público y se aprenden como consecuencia del comportamiento social—. Los criterios para evaluar el desarrollo moral quedan determinados por la teoría. Al margen de su contexto histórico, social o situacional, la evolución moral concluye cuando el individuo emplea criterios «autónomos» para juzgar el comportamiento de otros, siendo que tales criterios se definen por la intención del actor. Lo que explica además tal desarrollo es la maduración biológica. Desde esta óptica, la moral consiste en el juicio, y se establece y desarrolla en gran medida, por la evolución biológica. Dicha evolución se plantea como si los criterios de juicio moral fueran universales e inmutables así como independientes de las acciones y creencias de grupos sociales determinados. Se parte de la premisa de que existen actos que en sí mismos son buenos o malos, sin considerar que dicha valoración es una atribución que se lleva a cabo como expresión ideológica de una sociedad. Los juicios morales son formas de conducta reguladas a través de procesos complejos de comportamiento, por las prácticas efectivas y lingüísticas de grupos sociales particulares. Ello no solamente se ignora sino que además, partir de la suposición de que existen en sí mismas conductas buenas o malas, plantea que también existen criterios de juicio que igualmente son mejores o más desarrollados que otros, olvidando que los criterios de juicio son parte fundamental de las propias prácticas valorativas adquiridas y reguladas por un contexto social. A ello hay que agregar que, como en cualquier fenómeno psicológico, la maduración biológica es condición necesaria, pero no suficiente para la explicación de tales formas de comportamiento. Este enfoque se construye bajo la suposición de una moral universal atribuida a la maduración biológica individual.

Las implicaciones del dualismo en la psicología ya han sido abordadas por otros autores (Ryle, 1949; Ribes, 1982; Ribes y López, 1985), aunque cabe recordar que ha acarreado una serie de problemas en nuestra disciplina. Las dos teorías señaladas (psicoanalítica y cognoscitiva) aceptan la existencia de dos mundos: uno material en el que la conducta constituye un indicador externo, y uno mental que es el mundo interior que consideran subjetivo y mucho más rico. Las aproximaciones se convierten así en individualistas y organocéntricas. Se asume la existencia de una determinación del

comportamiento que radica en el interior del propio sujeto, que es relativamente fija e inmune a las características del ambiente y, en esa medida, aislada del sistema de relaciones sociales en el que se da. La conducta, de acuerdo a la doctrina oficializada por Descartes se concibe como acción mecánica y pasiva.

Con respecto a la aproximación conductual, a pesar de su apariencia heterogénea en la actualidad, adopta en sus distintas variantes el paradigma del reflejo, y en particular el modelo operante como ejemplar—de acuerdo a la concepción de Kuhn (1982)—y con ello un modo particular de explicación, descripción y estudio de la conducta. Las limitaciones que se han derivado de la adopción de este paradigma ya han sido analizadas (Schoenfeld, 1972 y 1976; Ribes, 1982; Ribes y López, 1985; Ribes, 1990). Lo que cabe destacar es que partir de un esquema explicativo de causalidad lineal considera a la conducta moral como una serie de variables dependientes o respuestas que se apegan morfológicamente a algún código no explicado y que están controladas por sus consecuencias. La conducta moral, como cualquier otro tipo de conducta, se analiza como una relación lineal entre estímulos, respuestas y estímulos consecuentes. La medida representativa de este segmento recae en la frecuencia de las respuestas y ello constituye la unidad básica de análisis. La explicación de tal medida o del segmento total se otorga a las consecuencias: el reforzamiento a las respuestas morales, o el castigo a las inmorales. La intermitencia del reforzamiento y la generalización son los principios explicativos para aquellos segmentos en los que no se identifican consecuencias y aun más para aquellas situaciones totalmente distantes en tiempo y/o espacio de las primeras.

Aun cuando se ha planteado al control instruccional como principio de adquisición para este tipo de conducta, la explicación nuevamente descansa en la triple relación de contingencias. El lenguaje se convierte en variable antecedente que controla la conducta por asociación a ciertas consecuencias. La distinción es morfológica. Para el autocontrol se puede comentar lo mismo; la diferencia radica en que es el propio sujeto el que presenta los estímulos discriminativos, emite las respuestas y otorga las consecuencias. Tal postura no plantea diferencias entre la conducta moral y cualquier otro tipo de conducta. La aproximación lineal y mecanicista lleva a un planteamiento reduccionista de procesos que tienen diferencias importantes en lo cualitativo con otras conductas, incluidas aquellas que presentan otras especies animales. El contexto social no se toma en cuenta o se convierte en un estímulo discreto y puntual que afecta las respuestas de un individuo, consideradas como acción mecánica. En general, se puede afirmar que esta postura analiza un fenómeno estrictamente humano de un modo reduccionista. El paradigma del reflejo ha impedido, entre otras cosas, ubicar los límites de nuestra disciplina, con respecto tanto a la biología como a las ciencias sociales, con un lugar conceptual específico que permita abordar los eventos en su dimensión psicológica, sin marginar o reducir las demás.

UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS

Por todo ello es objetivo de este trabajo presentar una aproximación alternativa al estudio de la moralidad. Dicha alternativa tiene sus orígenes en el modelo de campo (Kantor, 1926), así como en la taxonomía funcional del comportamiento desarrollada por Ribes y López (1985), en lo que a teoría científica corresponde. Más específicamente se basa en el análisis contingencial, sistema elaborado para el análisis y cambio del comportamiento humano individual, y que a su vez se deriva del modelo de campo.

En un trabajo previo (Ribes, 1990) se describe el análisis contingencial como el sistema que de modo directo permite el estudio de la moralidad como una dimensión de la conducta *humana*. Tal sistema, al derivarse de la teoría de campo, parte de las mismas premisas: concibe como modo explicativo al análisis de interdependencias entre la conducta del individuo y ciertos aspectos de su ambiente como unidad inseparable; distingue una jerarquía de comportamientos progresivamente evolutivos y, por ende, entre la conducta animal y la humana, contempla en su elaboración a los aspectos valorativos como parte fundamental de las relaciones humanas, dando lugar a la creación de categorías particulares pertinentes a su estudio. Consta de cuatro dimensiones fundamentales: «a) el conjunto de prácticas supraordinado a la situación o situaciones problema, que define sus criterios valorativos, denominado sistema macrocontingencial; b) las relaciones situacionales que son valoradas como problema por o del individuo, denominadas sistemas microcontingenciales; c) los factores posicionales que facilitan o interfieren las relaciones microcontingenciales particulares histórica y coetáneamente; y d) las conductas del o los individuos que son mediadores de las relaciones de microcontingencia considerados socialmente problemáticos.» (Ribes, Díaz González, Rodríguez, y Landa, 1986, pp. 8 y 9).

Las cuatro dimensiones permiten conformar, tanto una metodología de cambio para el comportamiento humano individual, como un sistema analítico con gran valor heurístico. Adoptado como sistema analítico permite estudiar la dimensión moral de la conducta a través de sus dos primeras dimensiones, es decir de los sistemas micro y macrocontingenciales. Por tal razón son los que se describen a continuación.

El sistema microcontingencial es el que permite identificar la red de relaciones interindividuales que configura *la conducta que se va a analizar*, esto es, una interacción circunscrita situacionalmente y explícitamente valorada por el individuo, su grupo o ambos. Para su evaluación se selecciona a un individuo como eje del análisis y con base en ello se identifican cuatro grupos de elementos: 1) Situaciones que se definen por todos aquellos factores posicionales que forman el contexto que facilita o interfiere la interacción principal en términos de probabilidad; estos factores pueden corresponder al ambiente o al propio individuo y coetánea o simultáneamente afectan la relación —por ejemplo, la circunstancia social, condiciones biológicas del individuo, conductas socialmente esperadas, competencias del sujeto para el ejercicio

de dichas conductas, tendencias, inclinaciones y propensiones, etc.-; 2) morfologías funcionales de la conducta del individuo eje del análisis de la interacción, es decir las diferentes formas de respuesta con las que el sujeto interactúa; 3) personas que se estudian con base en la función que ejercen en la interacción y donde la dimensión básica para su análisis es la de individuo mediador/ individuo mediado: el primero se refiere a aquel cuya conducta dispone las contingencias estructurando una configuración especial del segmento interactivo, y el segundo a aquel o aquellos individuos cuya conducta está regulada por dichas contingencias; y 4) efectos, que se identifican por la relación de consecuencia entre la conducta de un individuo y la de otros. Se parte de que la conducta de un sujeto puede ser afectiva, efectiva o inefectiva, es decir alterar la conducta del propio sujeto, alterar la conducta de otros, o no alterar la interacción.

Estudiar la conducta desde la dimensión microcontingencial implica llevar a cabo un análisis funcional genuino; es concebir a la conducta como una red de interdependencias con pesos explicativos relativamente mayores o menores para cada uno de los cuatro elementos, de acuerdo al análisis de cada interacción. El análisis microcontingencial permite el estudio de una interacción entre un individuo y otros que sean significativos desde una perspectiva funcional. Esto se complementa con el análisis macrocontingencial, que es un tipo diferente de análisis en donde el interés se centra en el estudio del *contexto valorativo* de la interacción.

Para entender el sistema macrocontingencial es necesario primero llevar a cabo algunas consideraciones. Este sistema surge de la necesidad de considerar la naturaleza social-convencional del entorno en el que se practica el comportamiento humano. Hay que señalar que la individualidad se conforma no sólo a través de la funcionalidad biológica, sino a partir de las características funcionales que le impone la práctica compartida por los miembros de una cultura. El proceso que permite a los individuos desligarse de las características aquí y ahora que imponen los ambientes naturales para responder a ambientes convencionales, en donde las contingencias no residen en el tiempo y espacio particulares en que tienen lugar sus diversas relaciones sociales, es el lenguaje, o propiamente dicho los procesos sustitutivos de comportamiento que son procesos conductuales característicos del comportamiento humano (ver Ribes y López, 1985). El lenguaje, como forma de vida, es inseparable de la moralidad como criterio de valoración intrínseco a un actuar con respecto del mundo.

Partiendo de esta consideración, Ribes, Díaz González, Rodríguez y Landa (1986) proponen concebir a la moralidad como una dimensión de la conducta humana que es una característica definitoria, en tanto expresión psicológica de lo social. La conducta como tal no es moral o inmoral, buena o mala; puede adjetivarse de ese modo porque ocurre en el contexto de una cultura. Así entendida, se refiere a la regulación de comportamientos individuales específicos que afectan a grupos de individuos y consiste en la adecuación de dichos comportamientos a las prácticas sociales que regulan sus

efectos relativos a grupos de individuos socialmente jerarquizados. A la psicología corresponde el análisis de estas prácticas individuales como modos funcionales de interacción del individuo en la práctica socio-cultural. El análisis contingencial es una opción que posibilita este estudio conformando, a través de los sistemas micro y macrocontingenciales, el medio para articular en el terreno psicológico los planos micro y macrosociales (Ribes, 1992).

Desde la óptica psicológica, los valores no pueden entenderse como entes abstractos, ni como agentes mediacionales o internos que provocan o explican el comportamiento; tampoco pueden concebirse como variables discretas que se estudian en el mismo plano que un estímulo. Los valores representan una dimensión de las propias prácticas conductuales que regulan socialmente «la transmisión, reproducción y ejercicio de formas particulares de comportamiento que afectan a grupos de individuos de acuerdo con la posición relativa que ocupan en la estructura social» (Ribes y cols., *op. cit.*). La moralidad consiste, como se indicó, en la *adecuación* del comportamiento individual a las prácticas sociales que regulan sus efectos (Ribes, 1990).

Por ello, para realizar un análisis psicológico de la moralidad deben contemplarse dos aspectos:

1) Los procesos de sustitución referencial y no referencial, que posibilitan el desligamiento funcional en la conducta de los individuos, de modo que un individuo puede responder a otro en términos de propiedades convencionales, trascendiendo el carácter espacio-temporal que una situación le impone. Dichos procesos se conciben como conducta propiamente lingüística, con base en su función (ver Ribes y López, 1985);

2) La estructura conductual de las prácticas sociales que regulan los efectos del comportamiento individual sobre otros, es decir, el contexto formado por los valores entendidos como costumbres, prácticas, creencias y, en general, como forma de vida del grupo o grupos sociales con los que un individuo se relaciona.

Contemplar los aspectos mencionados implica un tipo de análisis cuyo objetivo se centra en la dimensión valorativa del comportamiento. El sistema macrocontingencial permite entender la conducta de un individuo desde dicha dimensión, respetando siempre un nivel de estudio psicológico. Se parte de que todo acto de valoración implica procesos sustitutivos de comportamiento, en tanto valorar es un tipo de comportamiento complejo que trasciende las características espacio-temporales en las que tiene lugar un intercambio social. La valoración como comportamiento está regulada por dimensiones funcionales que no están presentes en forma efectiva en una relación microcontingencial particular; por decirlo de otra manera, los valores como prácticas de comportamiento se adquieren en el contexto de interacciones específicas con personas concretas que *explícitamente* imponen normas o ejemplos de comportamiento como modo social necesario, es decir como un «deber ser» de las interacciones. Tales microcontingencias (ejemplares) rigen posteriormente las prácticas individuales, aun

sin estar presentes en forma concreta en otras interacciones cuyos criterios de valoración son tácitos (microcontingencias situacionales). Las microcontingencias ejemplares deben entenderse como interacciones compuestas por los mismos elementos descritos en el sistema microcontingencial, aunque sólo la microcontingencia ejemplar se caracteriza por implicar relaciones *explícitamente valoradas* como modos sociales necesarios. El ser humano aprende prácticas valorativas —como acciones o creencias— en el contexto de un grupo social determinado que de distintas maneras establece la normatividad del comportamiento individual de modo explícito. Dichas interacciones regulan sustitutivamente las prácticas del sujeto en otras interacciones. El sujeto en una microcontingencia situacional responde valorativamente no a las circunstancias presentes, sino a aquellas interacciones ejemplares no presentes que son las que regulan su comportamiento. Ahora bien, partiendo de lo anterior y en tanto la dimensión moral se califica de acuerdo a la adecuación de las prácticas de un individuo con las prácticas de su grupo social, las *correspondencias* entre ambos tipos de microcontingencias, las ejemplares (aquellas donde se explicitan los valores como deber ser de una relación) y las situacionales (aquellas en donde el sujeto responde a la regulación ejemplar), constituyen el sistema macrocontingencial relativo a un individuo. Así el análisis macrocontingencial, *a diferencia del análisis microcontingencial*, no tiene como propósito el análisis funcional de una conducta circunscrita situacionalmente, sino que su objetivo es evaluar las *correspondencias* entre la conducta de un individuo y las prácticas valorativas de su grupo social. Tales prácticas se pueden clasificar en dos: las dadas como relación efectiva (en términos del hacer) y la conducta sustitutiva referida a tales prácticas (en términos del creer). Como el criterio fundamental es la adecuación, se estudian distintos niveles de correspondencia: a) intrasujeto, que es la que debe darse entre la conducta como interacción efectiva y la conducta sustitutiva referida a ella en un mismo individuo, y b) entre-sujetos, que se refiere a la correspondencia que debe existir entre las prácticas de los distintos individuos que conforman la interacción, ya sea con respecto a su conducta efectiva, ya a la sustitutiva, a ambas o a dimensiones cruzadas.

El proceso macrocontingencial plantea una doble relación entre el individuo y los otros. Por un lado, una microcontingencia ejemplar regula una microcontingencia situacional. Por otro lado, la regulación se establece en relación a dos dimensiones: las prácticas efectivas y las prácticas sustitutivas. Por ello un análisis de correspondencias debe considerar: «a) la conducta sustitutiva del sujeto en la situación ejemplar (SSE), b) la conducta no sustitutiva del sujeto en la situación ejemplar (SSE), c) la conducta sustitutiva del sujeto en la situación no ejemplar (SSE), d) la conducta no sustitutiva del sujeto en la situación no ejemplar (SSE), e) la conducta sustitutiva del otro en la situación ejemplar (OSE), f) la conducta no sustitutiva del otro en la situación ejemplar (OSE), g) la conducta sustitutiva del otro en la situación no ejemplar (OSE), y h) la conducta no sustitutiva del otro en la situación no ejemplar (OSE)». (Ribes, 1993)

Para llevar a cabo el análisis macrocontingencial se parte de los datos obtenidos en el análisis microcontingencial (relativos a la microcontingencia situacional), así como de la identificación de las prácticas valorativas del sujeto y los otros significativos en la microcontingencia ejemplar. El análisis de las correspondencias puede, entonces, representarse en una matriz de ocho por ocho celdillas (ver Ribes, 1993). En ambos ejes se enlistan los dos tipos de prácticas: del sujeto y de los otros significativos, en la microcontingencia ejemplar y en la situacional; como algunas se repiten queda un total de veintiocho posibles correspondencias —las que no están marcadas con guiones—. Las no correspondencias pueden señalarse con una «x», lo cual permite identificar si estas son de orden microcontingencial o macrocontingencial. La falta o la mayor densidad de no correspondencias intra-contingenciales, es decir, en un solo tipo de microcontingencia, plantea problemas de orden microcontingencial, mientras que la falta de correspondencia inter-contingencial, es decir, entre los dos tipos de microcontingencia, manifiesta problemas de orden macrocontingencial (Ribes, 1993).

	SsE	SsE	SsE	SsE	OsE	OsE	OsE	OsE
SsE	---	---	---	---	---	---	---	---
SsE		---	---	---	---	---	---	---
SsE			---	---	---	---	---	---
SsE				---	---	---	---	---
OsE					---	---	---	---
OsE						---	---	---
OsE							---	---
OsE								---

S-SUJETO

s-SUSTITUTIVO

E-EJEMPLAR

O-OTRO

s-NO SUSTITUTIVO

E-NO EJEMPLAR

Figura 1. Correspondencias posibles entre dos sujetos en dos situaciones: una microcontingencia situacional y una microcontingencia ejemplar.

Por ejemplo, si el mayor número de cruces se ubica entre las prácticas sustitutivas y las no sustitutivas (o efectivas) del sujeto en la microcontingencia situacional, ello nos revela que existe un problema de orden microcontingencial que puede obedecer a una serie de razones como falta de competencias del sujeto, relaciones de efecto, tendencias del sujeto, etc., y no así, a la falta de adecuación del comportamiento del

sujeto a las prácticas de su grupo social ejemplar. Por el contrario, si las no correspondencias se ubican fundamentalmente entre, por ejemplo, las prácticas efectivas de los otros en la microcontingencia ejemplar y las prácticas efectivas del sujeto en la microcontingencia situacional, lo que existe es un problema de orden macrocontingencial y, por lo tanto la dimensión fundamental es la adecuación al contexto valorativo.

COMENTARIOS FINALES

Un tipo de análisis como el que aquí se presenta es una alternativa con un gran valor heurístico. Se puede perfilar una línea de investigación cuyos resultados permitirían entender a la moralidad como una dimensión del comportamiento, en donde intervienen procesos complejos de conducta que resultan analizables con categorías propias de nuestra disciplina, así como integrar una serie de factores y hallazgos que han sido presentados por otras teorías y que se encuentran actualmente desvinculados. Tales datos pueden interpretarse bajo un modelo teórico distinto, superando tanto interpretaciones dualistas como limitaciones reduccionistas. Así por ejemplo, lo que los psicoanalistas estudian como técnicas disciplinarias puede entenderse como modos de regulación macrocontingencial. Su estudio, que resulta un acierto, puede darse ahora a partir de una teoría evolutiva del comportamiento —como la ofrecida por el modelo de campo— que permite establecer diferencias en el grado de complejidad de los diversos modos de establecer una microcontingencia ejemplar, así como las diferencias cualitativas entre ellos. La teoría psicodinámica subraya tres elementos en el estudio de la moralidad: 1) el tipo de técnica empleada por los padres, 2) el contexto en el que se aplica, y 3) el mecanismo de identificación. Desde la perspectiva que aquí se presenta, las técnicas disciplinarias son susceptibles de una exploración más rigurosa si se conciben como modos cualitativamente distintos de regulación macrocontingencial; por su parte el contexto puede evaluarse a través de distintos arreglos contingenciales y variando todos los posibles factores disposicionales que pudieran alterar la relación entre el sujeto y el mediador de la microcontingencia ejemplar; por último, el mecanismo de identificación puede explicarse atendiendo a la historia de interacción entre ambos. Los fenómenos que ha estudiado la teoría psicodinámica son comprensibles para un modelo científico, sin aludir a explicaciones dualistas y no pueden marginarse del campo de nuestra disciplina. Aquellas respuestas que llaman «internalizadas» y que representan un agente causal de la conducta moral son elementos integrativos de este fenómeno si se conciben como prácticas sustitutivas valorativas, que no son causales del comportamiento moral sino que forman parte del mismo. Esto último se vincula también con lo estudiado por la teoría cognoscitiva.

En ella los autores han centrado su atención hacia los criterios de juicio que emplean los niños para juzgar el comportamiento. Tales criterios se pueden entender

como prácticas sustitutivas que no son universales ni dependen de la maduración biológica, sino que responden a la regulación de grupos sociales concretos. Igualmente lo que en esta teoría se denomina conciencia de la regla, puede replantearse en función de la referencialidad de las propias convenciones sociales.

Los esfuerzos realizados por la aproximación conductual han resaltado la función de aspectos tales como el aprendizaje vicario, las instrucciones o autoinstrucciones, los distintos tipos de consecuencias a las conductas de transgresión, etc. Las aportaciones de tal aproximación no se limitan a la gran tradición científico-experimental, sino propiamente a los datos empíricos que resulta de importancia considerar en una investigación paramétrica de campo.

Partir de que lenguaje y moral son dimensiones del comportamiento humano implica ampliar las perspectivas para su estudio. La propuesta de este trabajo representa un giro conceptual gracias a un modelo psicológico que delimita nuestra disciplina sin soslayar su dimensión social y sin reducirla. Este modelo permite «ver» los fenómenos psicológicos desde otra óptica, a la vez que entender que existen procesos de conducta exclusivamente humanos. Atender a esta propuesta permite adentrarse en la comprensión de la moralidad y con ello incidir, desde una dimensión psicológica, en la eficacia de una tecnología orientada a la prevención, diagnóstico, planeación y tratamiento de diversas problemáticas sociales.

REFERENCIAS

- Aronfreed, J. (1963). The effects of experimental socialization paradigms upon two moral responses to transgression. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66, 5, 437-448.
- Aronfreed, J. (1964). The origin of selfcriticism. *Psychological Review*, 71, 193-218.
- Armsby, R.E. (1971). A reexamination of the development of moral judgments in children. *Child Development*, 42, 1241-1248.
- Bandura, A. (1982). *Teoría del Aprendizaje Social*. Madrid: Alianza.
- Bijou, S.W. (1986). *Psicología del desarrollo: la etapa básica de la niñez Temprana* (vol. 3). México: Trillas
- Cheyne, J. A. (1971). Some parameters of punishment affecting resistance to deviation and generalization of a prohibition. *Child Development*, 42, 1249-1261.
- Freud, S. (1968). *El Yo y El Ello*. Obras Completas, Vol. II. Madrid: Aguilar.
- Gruneich, R. (1982). The development of children integration rules for making moral judgments. *Child Development*, 53, 887-894.
- Hoffman, M:L: y Salstzein, H. D. (1967). Parent discipline and the childs moral development. *Journal Of Personality And Social Psychology*, 5, 45-57
- Kantor, J.R. (1926). *Principles of Psychology II*. Nueva York: Knopf.
- Kuhn, T. (1982). *La Tensión Esencial*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Leizer, T.H. y Rogers, R.W. (1974). Effects of method of discipline, timing of punishment and timing of test on resistance to temptation. *Child Development*, 45, 790-793.
- Patterson, G.P. y Stouthower-Loeber, M. (1984). The correlation of family management practices and delinquency. *Child Development*, 55, 4, 1299-1307.

- Piaget, J. (1971). *El Criterio Moral en el Niño*. Barcelona: Fontanella.
- Reed, W.H., Awen, L.D., Medlock, D.T. y Winston, S.A. (1974) Children compliance as a function of type of instructions and pay off for noncompliance. *Bulletin of The Society*, 6, 597-599.
- Ribes, E. (1982). *El Conductismo: Reflexiones Críticas*. Barcelona: Fontanella.
- Ribes, E. (1990). *Problemas conceptuales en el análisis del comportamiento humano*. México: Trillas.
- Ribes, E. (1992). Factores macro y microsociales participantes en la regulación del comportamiento psicológico. *Revista Mexicana de Analisis de la Conducta*, 18, 39-56.
- Ribes, E. (1993). El análisis contingencial y la identificación y definición funcional de los problemas psicológicos. *Revista Mexicana de Psicología*, 10, 85-89.
- Ribes, E. y López, F. (1985). *Teoría de la Conducta*. México: Trillas.
- Ribes, E., Díaz González, E., Rodríguez, M.L. y Landa, P. (1986). El análisis contingencial: una alternativa a las aproximaciones terapéuticas del comportamiento. *Cuadernos de Psicología*, 8, 1, 27-53.
- Ryle, G. (1949). *The Concept of Mind*. Nueva York: Barnes and Noble.
- Schoenfeld, W.N. (1972). Problems of modern behavior theory. *Condition al Reflex*, 7, 33-65.
- Schoenfeld, W.N. (1976). The «response» in behavior theory. *Pavlovian Journal*, 11, 129-149.
- Skinner, B.F. (1981). *Reflexiones sobre Conductismo y Sociedad*. México: Trillas.
- Stein, A.H. (1967). Imitation of resistance to temptation. *Child Development*, 38, 157-169.
- Stouwie, R.J. (1971). Inconsistent verbal instructions and children resistance to temptation behavior. *Child Development*, 42, 1517-1531.
- Sulls, J., Gutkin, D. y Kalle, R. A. (1979). The role of intentions, damage and social consequences in the moral judgment of children. *Child Development*, 50, 874, 877.
- Vigotsky, L.S. (1977). *Pensamiento y Lenguaje*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Walter, R.H., Parke, R.D. y Cane, V.A. (1965). Timing of punishment and the observation of consequences to others as determinants of response inhibition. *Journal of Experimental Child Psychology*, 2, 10-30.
- Wellman, H. M., Larkey, C. y Summerville, S. C. (1979). The early development of moral criteria. *Child Development*, 50, 869-873.
- Wolf, T.M. y Cheyne, J.A. (1972). Persistence of effects of live behavioral, televised behavioral, and live verbal models on resistance to deviation. *Child Development*. 43, 1429-1436.

RESUMEN

En este trabajo se revisa el tema de la moralidad. Se parte de un panorama general acerca de cómo la han abordado las aproximaciones psicoanalítica, cognoscitiva y conductual. Se señalan las principales deficiencias y limitaciones encontradas en tales abordajes y se propone una nueva forma para su análisis. Dicha forma consiste en una aproximación interconductual para lo que se concibe como la dimensión moral de la conducta. Se fundamenta directamente en el análisis contingencial, que es un sistema para el análisis y cambio del comportamiento humano individual que contiene, entre otras, dos dimensiones: el sistema microcontingencial y el sistema macrocontingencial, que son las que permiten articular en el plano psicológico el estudio de los factores micro y macrosociales que regulan el comportamiento individual. Dicha forma de análisis se sugiere como alternativa a las limitaciones de otras aproximaciones.

Palabras clave: conducta, moral, macrocontingencia, microcontingencia.

ABSTRACT

Morality has been studied by psychology through three different theories: psychoanalysis, cognitivism and behaviorism. Each one has focused on separate issues that are only features of the problem. Thus, psychoanalysis investigates disciplinary techniques that parents use to teach children moral behavior, concluding that the best are those which arouse internal controlling responses as guilt or self criticism. Cognitive theory studies the way children develop moral judgments, and the main interest is related to the criteria they use to judge the behavior of other people. Behavior theory focuses mainly on the consequences of moral or immoral responses, so the different parameters of stimuli and their effect on behavior become the purpose of investigations. The three approaches have limitations related, on one hand, to the dualistic basis of their theories, and on the other, to the lacking of principles and concepts that lead to a delimitation of the psychological dimension of a complex behavioral process where social conventions are basic. For these reasons this paper presents an alternative approach to the moral dimension of behavior. This is based on the interbehavioral theory, especially on an interbehavioral applied system for the analysis and change of individual human behavior: contingential analysis. This system includes two dimensions: the microcontingential system and the macrocontingential system..

Key words: behavior, moral, macrocontingency, microcontingency